

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por Fabricio.—*Cartas sobre la Educacion*, por D.^a Angela Grassi.—*En el Sepulcro* (poesía), por D. Mariano Catalina.—*Casarse por carambola* (continuacion), por doña Micaela de Silva.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin de niños*, núm. 832.—*Figurin doble de Abrigos*.—*Grabado de Labores*, núm. 53.

REVISTA DE MADRID.

BIEN venidas seais, lectoras mías, vosotras las que habeis aguardado á última hora á decir adios al campo, que ya nada de interesante podia ofrecer. Aunque á fines de Octubre, en dias serenos, y bajo un cielo despejado, todavía es agradable la vida de la aldea, sin embargo, el piso humedecido por la escarcha, las flores marchitas, y los árboles que se desnudan de sus últimas hojas, indican suficientemente que es preciso abandonarla y retirarse á cuarteles de invierno en la ciudad, donde la vida artificial de los salones brinda placeres nuevos y deslumbradores. Venid en buen hora á disfrutarlos, viajeras rezagadas; bien sabeis que las beldades desdénasas son las mas festejadas.

Noviembre se presenta á recibiros envuelto en un manto de bruma, adornados sus piés con los brazaletes de perlas que le regala la aurora, y coronada su frente con una ancha y radiante diadema de oro, donde se reflejan esplendorosos los vivos rayos del sol del membrillo.

Madrid se viste de gala para celebrar vuestra llegada: los almacenes os ofrecen lo mas caprichoso que la Moda ha creado: los salones abren sus puertas para recibiros.

El *Jóven Telémaco*, que nació en la Isla de los Burros, ha arribado á la de Calipso, que hoy se llama de Montijo, donde encontró reunida la mayor parte de las deidades del Olimpo madrileño.

No es solo en aquella deliciosa mansion de los Carabancheles donde hemos podido admirar los en-

cantos de la Moda, de la juventud y de la belleza. Bajo el artístico cielo de la sala de Jovellanos, donde tan magistralmente se da culto al arte dramático, se cruzan miradas magnéticas, que infunden sueños, de los que algunos, como los de la última produccion del autor del *Toison roto*, se convertirán en realidades.

En el PRÍNCIPE, una brillante concurrencia acude, despues de haber escuchado la armoniosa voz del Sr. Zorrilla, á admirarle en su aplaudida creacion de D. Juan Tenorio.

Pero indudablemente la mas brillante de las reuniones teatrales es la del REAL, cuya excelente compañía de ópera le vindica con sus triunfos de las derrotas de las temporadas anteriores.

La *Sombra de Nino* y la estatua del Comendador nos recuerdan la fiesta de Todos los Santos y la de la Conmemoracion de los difuntos, que la Iglesia celebra sucesivamente en este mes, y de la que nosotros los mortales hacemos una mezcla profana y religiosa.

De todas estas cosas quisiera hablaros en mi revista, pero en esta ocasion, como en casi todas, los periódicos semanales llegan tarde, y no pueden hacer sino repetir lo que otros han dicho.

Para no plagiarlo, voy á referiros, indulgentes lectoras, una cosa que yo mismo no sé si calificar de cuento, ó de ensueño de mi estraviada imaginacion.

Figuráos que en la tarde de Todos los Santos, por no presenciar la profanacion que en aquel dia hace la multitud invadiendo los cementerios, aguar-



de al anochecer para penetrar en el que descansa en paz mi madre, á derramar una lágrima sobre su tumba.

No sé si fué efecto del pavor que naturalmente infunde al hombre la mansion de los difuntos, ó que las emanaciones de los cadáveres produjesen en aquella hora las chispas errantes que llamamos fuegos fátuos, lo cierto es que me pareció verme cercado de ellas, representándoseme las lucecitas que segun las consejas que mi abuela me refería cuando niño, llevan en esta noche las almas que van á gozar de la bienaventuranza por las oraciones de los fieles.

Vime despues en un estenso campo, donde no estaban como ahora las sepulturas colocadas en largas galerías, unas encima de otras, á manera de colmenas, ó como los anaqueles de un vasto almacén. Allí los sepulcros estaban en el suelo, los unos cubiertos con la losa solamente, otros con urnas cinerarias y algunos con magníficos mausoleos; porque la vanidad de los vivos se estiende hasta en las honras que tributan á la memoria de los muertos.

Despues de recorrer aquel imponente y solitario recinto, de leer las inscripciones, unas, espresion del sentimiento, otras del orgullo, llegué por fin ante la tumba de mi madre. Me prosterné y oré. Parecióme que del sepulcro se levantaba una figura aérea con ropaje talar blanco, que sonriéndome dulcemente, me bendecía. Traía en la mano un ramo de flores, que me ofreció y me apresuré á coger, y al desaparecer la sombra querida, huí despavorido, ocultando mi tesoro, como el ladron que acaba de cometer un robo en lugar sagrado.

Encontréme luego en una gran plaza, y como hoy en Madrid la morada de los difuntos está cercada de las habitaciones de los vivos, no tardé en

venir en conocimiento de que me hallaba en Chamberí. Las alegres voces que se percibían á través de las persianas entreabiertas de una casa inmediata, me hicieron reconocer la de uno de mis amigos. Por un impulso que no fui dueño de contener, penetré en ella, y me recibieron con aclamaciones y algazara en una gran sala, magníficamente iluminada, donde una docena de convidados celebraba una tumultuosa orgía. Mujeres hermosas me fascinaban con sus ardientes miradas, ofreciéndome el manjar característico del día: *buñuelos*. Eran de viento. Por tomar algo, cogí de un plato algunas almendras: las encontré *amargas*.

En una ponchera de china, colocada en el centro de la mesa, preparaba el dueño de la casa un ponche para las señoras. La azulada llama que levantaba el rom inflamado me llenó de pavor, recordándome la escena del *Convidado de piedra*, y al brindarme una encantadora niña de negros ojos con una copa de aquella humeante bebida me atreví á pedirle otra de *perfecto amor*. Una ruidosa y general carcajada respondió á mi demanda: preguntáronme las damas que de dónde venía, para pedir en pleno siglo XIX aquel licor anticuado.

No recuerdo mas. Por la mañana desperté en mi lecho trémulo y quebrantado con tan triste pesadilla. Acordéme que era el día de Ánimas: me vestí, preparándome para ir á la iglesia. Cogí el libro de oraciones de mi madre, y al abrirlo instintivamente encontré entre sus hojas algunos pétalos de la flor que soñé haber visto en sus manos.

Yo no sé, lectoras, si esto ha sido un *sueño*, pero encuentro su *realidad* en el emblemático ramo de las flores de *No me olvides*, recuerdo de mi adorada madre.

FABRICIO.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

VII.

Antes de hablar de tu escritorio, dulce niña, quiero hacerte de un precioso objeto que hallaste sobre él el día de tu Santo, y que era un tierno recuerdo que te consagraba el mejor y mas tierno de los padres.

Todavía me parece verte trémula y confusa, examinándole llena de sorpresa, y humedecidos tus ojos con las dulces lágrimas de la gratitud y la ternura.

Evocando este recuerdo, no necesito decirte que se trata de tu álbum.

El primer álbum que circuló entre las damas, fué debido á la reina Hortensia, madre de Napoleon III, y autora de esas bellísimas baladas que escuchamos aún con entusiasmo.

Poesías, dibujos, litografías y fotografías es lo que suelen contener las páginas de ese libro querido, que guarda los pensamientos y las imágenes de nuestros amigos, y los paisajes que mas nos embelesan y cautivan.

Supuesto que hemos tratado ya de la poesía y del dibujo, te hablaré sucintamente de la litografía y de la fotografía.

¡Ay! la primera fué inventada por un hombre pobre y desgraciado; la segunda fué un milagro del mas puro, del mas desinteresado de los afectos; la amistad.

Alóis Sennefelder, era un joven bávaro, que habitaba en Munich á últimos del pasado siglo. Era muy pobre, muy pobre y desgraciado, como acabo de deciros, pero poseía lo que no se puede comprar con el dinero; lo que no alcanzan á poseer ni los reyes, ni los sabios: un fiel y verdadero amigo; este amigo se llamaba Alberto Bauxer, y tocaba magistralmente el órgano en la Catedral de Munich.

Alóis y Alberto habían crecido juntos; juntos habían formado los bellos sueños de la infancia; juntos habían abierto su alma á las mágicas sensaciones de la juventud y la esperanza.

En aquella estrecha sociedad de dos, no se conocían los nombres de yo y tú, tuyo y mío: aquellas dos almas amorosas formaban una alma sola para sentir, para gozar, para sufrir. Jamás se había elevado entre ellos la menor disputa, jamás se habían hallado ni un solo instante discordes sus opiniones: formaban entre ambos un instrumento sonoro y armonioso, que no despedía mas que sonidos dulces y halagüeños.

Habían juntos en el cuarto piso de una casa, cuya única ventana estaba adornada de flores, cuyos únicos muebles consistían en el clavicordio de Alberto y el escritorio de Alóis, porque Alóis era escritor, y había compuesto varias obras científicas en sus vigiliadas largas é interminables. Vivían modestamente del fruto de su comun trabajo, y vivían felices.

Pero un día, Alberto entró en su casa radiante de júbilo, estrechando contra su corazón una rosa blanca. Desde aquel día, contemplando por mañana y tarde aquella flor, ya descolorida y marchita, dejó de regar las macetas que adornaban su ventana. Al principio se volvió taciturno, pero su rostro expresaba constantemente un celeste arrobamiento; los suspiros que se escapaban de su corazón eran de júbilo.

Fuese tristeza ó alegría lo que acababa de cambiar su vida, no la depositó en el seno de su amigo. Era el primer secreto que guardaba para sí. No obstante, Alóis debía haberlo sorprendido, porque lejos de estar inquieto ó enojado le miraba y sonreía.

Bien pronto Alberto halló mil excusas ingeniosas para salir solo, despues sus ausencias se fueron prolongando, y á veces hasta muy entrada la noche.

Cuando volvía á su casa, confuso y avergonzado, su amigo le tendía los brazos sin dirigirle la mas mínima pregunta.

Alberto era un bello joven, alto, pálido, de ojos y cabellos negros y de graciosa apostura: parecía mas bello entonces, qué la felicidad, semejante al sol cuando ilumina la campiña, iluminaba su rostro dulce y expresivo.

De repente todo cambió en él: su carácter taciturno se trocó en sombrío; ya no salía de casa; ya no recorría con sus ágiles dedos las teclas del clavicordio; permanecía horas y horas con la mirada fija, con las manos cruzadas sobre las rodillas en actitud triste y dolorosa.

El generoso Alóis le había dejado gozar por entero de su alegría, pero quiso compartir el peso de su dolor.

Fué en una noche tibia de primavera, iluminada por los rayos discretos de la luna, cuando Alóis estrechando á su amigo entre los brazos, logró arrancarle su confesion en medio de ayes y sollozos.

El infeliz amaba: amaba á un ángel, á una mujer de la

cual no podía ser esposo, porque aunque jamás le había revelado el nombre de su familia, sospechaba que ésta fuese noble y poderosa.

La había conocido en la Catedral, en donde arrodillada muy cerca del órgano, parecía extasiarse con sus bellas melodías. Cuando ella estaba allí, el músico se sentía mas inspirado, y dejaba escapar del sonoro instrumento notas dulces y suaves como las de la naturaleza, al elevar al Creador su himno de esperanza.

La joven iba siempre á la iglesia acompañada de muchos servidores, y Alberto, por lo tanto, la amaba sin pensar siquiera en ser correspondido.

Apesar de esto, las miradas castas y tímidas de la joven se fijaban furtivamente en él, iluminadas por un extraño brillo, y entonces sin darse cuenta de lo que sentía, el músico experimentaba un júbilo divino.

Una tarde la dama fué acompañada de una sola dueña; entró la primera en la iglesia, y se retiró la última. Lo mismo hizo al día siguiente.

¿Era por acaso que obraba de este modo? Alberto concibió alguna esperanza quizás insensata.

Al cabo de algunos días se encontraron ambos sin saber cómo en el claustro, y sin saber cómo se escaparon de sus labios palabras de amor y de ternura.

Cuando la dama se retiró, dejó en las manos de Alberto una rosa blanca; blanca como su alma.

—Me llamo Herminia y os amo, le había dicho, no pretendais saber cuál es el nombre de mi familia. Soy huérfana, y tengo un tutor, que ávido de mis bienes, quiere casarme con su hijo; pero dentro de tres años seré mayor de edad y libre de mis acciones.

Alberto, obediente y sumiso, acató su voluntad, y no dirigió ni una sola pregunta á los criados.

Seis meses gozó de la felicidad suprema de verla, de cambiar con ella una mirada ó una sonrisa, de dirigirla al pasar una palabra furtiva.

Imposibilitado de seguirla, Alberto permanecía horas y horas en la Catedral, en donde todo le hablaba del objeto querido de su alma, ó improvisando sonatas, con las cuales quería embelesar á Herminia al día siguiente.

Pero una mañana, el sitio en que ella solía colocarse quedó vacío. Alberto, lleno de inquietud, aguardó á la tarde con febril impaciencia....

Herminia no fué, no volvió mas, nunca mas.... Por qué no iba? qué había sido de ella? el infeliz no lo sabía!

Despues que Alberto hubo referido á Alóis esta triste historia, se pasaron muchos días, muchas semanas, muchos meses: concluyó un año y empezó otro año.

Alberto estaba siempre triste, siempre estaba inmóvil, con los ojos fijos, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Acudía únicamente á la Catedral; pero en vano le llamaban á las demas iglesias, porque no quería ir.

No obstante, aunque sus dedos sin ejercicio estaban torpes, su alma henchida de pasión y sentimiento se comunicaba á las notas, y sentado delante del órgano, el génio del músico se despertaba, y producía armonías solo comparables á las que deben escaparse de los cielos.

Inútil es decir que el tierno Alóis fué para su amigo en

esta ocasion lo que es una madre para su hijo enfermo y pequeñuelo.

Un día.... Era una tarde de invierno nebulosa y oscura, cuando llamaron á la puerta de su aposento.

Alóis corrió á abrir, y reconoció con sorpresa en el que llamaba á un familiar del Obispo. Venia de su parte á suplicar á Alberto que tocara el órgano en la solemnidad religiosa que debia celebrarse en una iglesia inmediata, y á la cual él solo podia dar realce, porque no habia en la ciudad organista que le aventajase.

Alberto cedió á sus instancias, y el día prefijado se dirigió á la iglesia pálido y vacilante como siempre, pero como siempre al poner sus manos sobre el teclado, sintió descender á su corazon la inspiracion divina.

Parapetado detrás del órgano, no alcanzaba á ver el altar mayor, ni lo intentó, absorto en su trabajo.

La solemnidad que se celebraba era la profesion de una virgen, que iba á consagrarse á Dios.

La novicia, último vástago de los Príncipes de Rubley, llamaba extraordinariamente la atencion por su juventud y su hermesura.

La ceremonia tocaba á su fin: la inspiracion del músico, brillante y entusiasta al principio, iba languideciendo é impregnándose de la tristeza que volvía á apoderarse de su alma.

De repente una viejecilla que andaba trabajosamente apoyada en su baston, se acercó á él, y deslizó en sus manos un papel.

Era un billete, y decia así:

«Victima de la persecucion de mi tutor, obligada á escoger entre el velo y un tálamo aborrecido, me consagro á Dios. Olvidad á la infeliz Herminia de Rubley, que tanto os amó en la tierra, y rogad por Sor Maria, que pronto volará á la patria de los justos, en donde un casto y puro amor es bendecido.

Cuando Alberto acabó de leer el fatal billete, dió un gri-

to estridente, se levantó fuera de sí, y clavó sus mirada delirantes en el altar mayor.

La ceremonia se habia concluido; las monjas se retiraban, llevándose consigo á la nueva esposa de Cristo.

Pero ésta se detuvo un instante al oír aquel grito doloroso que resonó en todos los ámbitos de la iglesia, elevó los ojos al cielo, hizo á Alberto una señal de eterna despedida y entró rápidamente en la sacristía.

¿Tiene acaso acentos la voz humana para espresar lo que sintió el infeliz organista al recobrar y perder instantáneamente al ídolo querido de su alma?

¡Imposible, imposible es espresar con palabras el piélago de dichas y de penas que debió inundar á la vez su corazon!

Pasado un instante todos los concurrentes se ajitaban en su derredor, procurando levantarle del suelo, en donde yacia, pálido, mudo, casi muerto.

Prodigáronle mil auxilios: ¡ay! ¿por qué se los prodigaron? ¡Muchas veces es crueldad la compasion!

Lleváronle á su casa y le colocaron sobre el lecho, que no debia volver á abandonar: habia sido atacado de una parálisis completa.

Sor Maria, como habia predicho, dejó muy pronto este valle de lágrimas; Alberto vivió muchos años en aquel estado.

Tenia paralizado el cuerpo; tenia paralizada la lengua; pero no debia tener paralizado el pensamiento, porque se le veía temblar y estremecerse cada vez que resonaban las campanas del inmediato convento, y muy á menudo las lágrimas surcaban sus mejillas.

¿Cuándo estos inmensos cataclismos agobian á los mortales, fuerza es pensar que existe una patria, en donde la felicidad comprada con las penas de esta vida, es eterna é inmensurable!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EN EL SEPULCRO.

Bella fui cual las flores
De la mañana,
Los ojos de Narciso
Me retrataban.

Murió mi amante,
Y ya no tengo espejo
Donde mirarme.

Como rosas de Mayo
Son mis mejillas,
Tambien junto á los muertos,
Flores se crían.

Mas los sepulcros
Todo cuanto les cerca
Visten de luto.

Con la aurora comparan
Mi dulce aliento,
¡Qué tristes son las auras
De un cementerio!
Aire que huela
Es el que exhala el cuerpo
De una alma muerta.

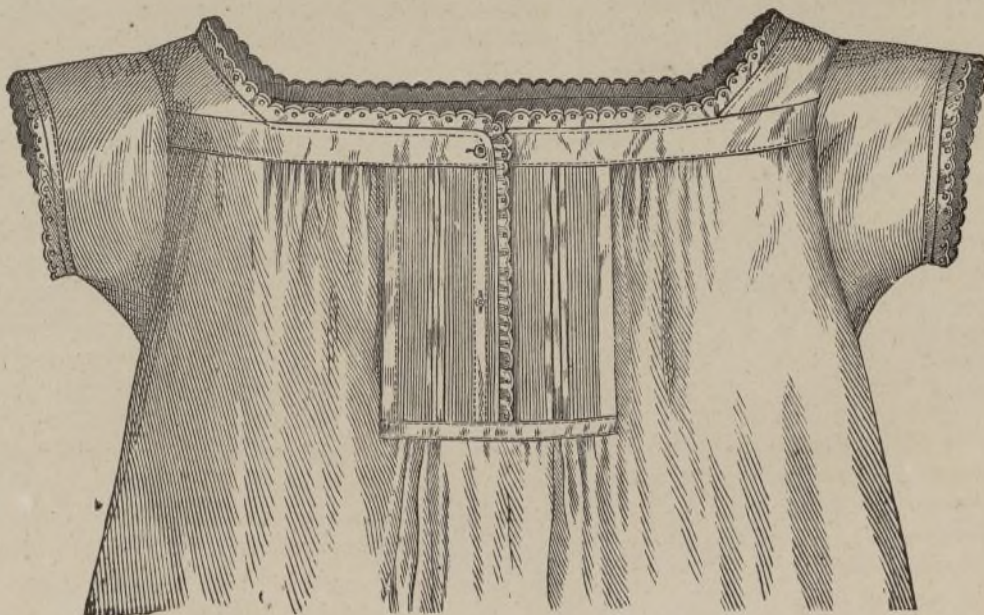
Mis sonrisas al mundo
Dan regocijo,
¡Ay, con cada sonrisa
Van cien suspiros!



1



2



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 37.

Núm. 53.

Y el mundo vive
Sin saber quiénes lloran
Ni quiénes rien.

Sola estoy en el mundo
Con mis pesares,
Nadie siente mis penas;
No llora nadie.

¡Todos alegres!
Y aun dirán que es pecado
Buscar la muerte!

La muerte! Oh, no Dios mio,
Que tú eres justo!
Tú les das á los tristes
Tristeza y luto.

Tú das al cielo
El color de los vivos
Y el de los muertos.

Das al amor las flores
De tu hermosura;
Cipreces y desmayos,
Das á las tumbas.
Paz á los justos,
Consuelo á los que lloran
Por los difuntos.

Dios que en su santa gloria
Premia á los buenos,
Guardará á mis pesares
Dulce consuelo.

Dios es muy grande,
Y su bondad inmensa
No falta á nadie.

MARIANO CATALINA.

CASARSE POR CARAMBOLA.

(Continuacion.)

—¡No ha de ser verdad, si lo lleva escrito en la palma de la mano! exclamó la Sibila con aire de triunfo. Si yo quisiera podria contar toda su vida y milagros, y hasta el número de sus abuelos, que no es corto, porque su genealogía, lo mismo que la de los gitanos, data de muy antiguo y descende de muy alto.

—¡Calle! ¿Con qué tambien los gitanos abriga elevadas pretensiones de nobleza?

—¡Vaya! ¡cómo que descendemos nada menos que del rey Salomon y de la reina de Saba!

—¡Cáspita! ¡Hé ahí un árbol genealógico que tendria gusto en estudiar! ¿Le guardas entre tus pergaminos, morena?

—Estudie Vd. el suyo, y le costará menos trabajo,

repuso la gitana con presteza. No tendrá las raíces muy hondas.

—Ni yo trato de profundizarlas; me basta saber que uno de mis ascendientes se llamó Adan. Que soy noble, porque todos los asturianos lo somos por la gracia de Dios y la del rey no sé cuantos. Que mi único mayorazgo es una paleta, que hasta la hora presente no ha producido gran cosa; pero ¿quién sabe? Acaso con el tiempo llegaré á ser otro Velazquez.

—Llegareis á serlo... ¡Bien claro lo están diciendo las arrugas que teneis en el entrecejo! exclamó en tono decisivo la gitana, que así tenia conocimiento de Velazquez como del moro Muza.

Con esto se cortó el diálogo, y la Sibila quedóse agachada, silenciosa, indolente, y con los ojos medio cerrados, como la pantera que dormita bajo los rayos del sol en los desiertos del Africa. Sus negras pupilas irradiaban entre las pestañas negras como el terciopelo, y ni un instante se apartaban del rostro de D. Enrique. Ambos amigos la contemplaban en silencio, el pintor admirando la pureza de sus formas, la gracia de su actitud, la salvaje y fiera expresion de su mirada; el caballero compadeciéndose de aquella pobre niña cubierta de oropeles, casi descalza, y sin embargo, tan alegre, tan satisfecha de una vida llena de privaciones y peligros, que aceptaba con sangre fria, despreciando las injurias, las burlas y la vergüenza de semejante degradacion.

Un soplo de viento le distrajo de sus tristes pensamientos, y exclamó:—El aire ha refrescado, me parece que ya es hora de seguir nuestra jornada; dicho esto, se puso de pié, no sin trabajo, su amigo le imitó, y la gitana viendo que se preparaban á partir, levantóse y dijo:

—Hasta el domingo, señores, en frente de la taberna de Chinchilla. Llevaré mis mejores castañuelas. Ya vereis si Azucena es una bailarina que merece que se den algunos pasos para verla danzar un bolero.

—Hasta el domingo, sandunguera; veremos como sabe lucir su garbo la ilustrísima tataranieta de Salomon y de la reina de Saba.

—Adios, niña, dijo el caballero saludándola con la mano, y sin volver la cabeza desaparecieron los dos á lo largo del camino; la gitana seguía los con la vista, y suspirando encaminóse luego hácia el aduar.

II.

Poco antes de la puesta del sol llegaron nuestros amigos al pié del célebre Monasterio fundado por Felipe II. Si no hubieran sabido que la corte se hallaba en él, de seguro hubieran imaginado que solo algunos monjes le habitaban, tan profundo era el silencio que reinaba en aquel majestuoso recinto, cuyas ventanas y puertas hallábanse cerradas; los terrados veíanse desiertos. En los jardines solo se percibia el murmurio de las fuentes, el rumor de las hojas, el susurro de las aves, ó los zumbidos de los insectos voladores; hasta el viento callaba, y eso que bate de continuo los elevados muros de aquel monumento tan grande y tan sombrío como el génio de su augusto fundador.

Ambos amigos se miraron, sin saber qué dirección tomar.

—¿Qué haremos? preguntó D. Enrique consternado; las puertas del Monasterio están cerradas y no han de abrirse para nosotros.

—Ya se abrirán para los demás, repuso Fernando mas animoso; por alguna parte han de salir y entrar los Ministros, Embajadores y palaciegos. Adonde va el Rey va la corte, y tras la corte van los pretendientes; nosotros iremos tras ellos, y malo ha de ser que no podamos introducirnos hasta el salón de audiencia, si es menester. Ahora lo que mas urge, á mi ver, es buscar posada, pero antes sentémonos un poco, porque mis piés se niegan á dar un paso; ¡cada uno me pesa tres arrobas! ¡diría que mi calzado es de plomo!

—Es el peso de las siete leguas que acabamos de medir con las suelas, y lo peor es que me temo haberlas andado en balde... ¡casi estoy pesaroso de haber emprendido esta jornada!

—¡Yo no por cierto! ¿Qué lo he de sentir? Al contrario, ¡me alegro mucho! porque me dá el corazón que vamos á conseguir nuestros deseos. ¿Quién sabe si aquí os aguarda la fortuna que os ha pronosticado la gitana?

Departiendo así, llegaron á las márgenes de un arroyo que corría entre una pradera y un vallado de sauces, espinos y madreselvas que bordeaban los muros del jardín. Detrás del vallado se ocultaba la reja de uno de sus pabellones, reja que no vieron á causa de lo espeso del follaje.

—¿No sentís necesidad? preguntó el pintor hostezando. Solo habeis tomado esta mañana una triste jícara de chocolate, y para eso, sorbido. Si tripas llevan á piés, los vuestros deben estar aun mas flojos que los míos.

—No es la flojedad del cuerpo, sino la del ánimo la que siento. ¡Este papel me quita las ganas de comer! añadió el caballero sacando un pliego cuidadosamente guardado en la cartera.

—¡Pues á fé, que no será por lo insípido! exclamó el artista con viveza. En mi vida he leído memorial mejor redactado. ¡Es una obra maestra! ¡Qué dignidad, qué fuerza en el estilo! ¡Qué peso en las razones! Sería necesario que S. M. tuviera un corazón muy duro, ¡si al leerlo no se ablandaba!

—¿Y cuándo lo ha de leer? Cansado estoy de pedir audiencia y hacer antesalas en las oficinas.

¡Qué de humillaciones, Dios mío! ¡Solo el que pretende sabe lo que le cuesta un empleo! Dichoso el que puede ganarse la vida honradamente con su ciencia, su industria, ó su trabajo! Si yo hubiera seguido una carrera, si como tú hubiese aprendido un arte no me vería en el caso que me veo; te aseguro, Fernando, que me pesa el título de Conde ganado por mis tatarabuelos. ¿Para qué me sirve? Únicamente para sujetar mis manos, que á no ser yo Conde, ya estuviera trabajando en un oficio... ¿No vale mas trabajar que meterse fraile no teniendo vocación?

—¿Quién habla de meterse fraile? ¡Vaya una idea estrambótica! No se ha hecho la cogulla para esa cabeza digna de una corona ducal, ó por lo menos de un sombrero adornado de rizadas plumas.

—Esta cabeza se abrasa cuando piensa que si no hubie-

ra sido por tí, á estas horas me hubiera muerto de necesidad, de dolor ó de vergüenza. De vergüenza, sí, porque ¡Dios sabe las privaciones que te cuesta el mantenerme, pobre y generoso amigo!

—¿Os habeis propuesto enojarme, señor Conde? ¿Á qué recordar mis privaciones? Si hoy las sufrimos entrambos, mañana será otro día; por el pronto, ya me han encargado una muestra para nuestro antiguo vecino el platero. El asunto le han dejado á mi elección; puedo escojerle bíblico, cristiano ó mitológico; segun el humor que tenga le pintaré el becerro de oro, el bendito San Eloy patron de los artífices, ó el Dios Mercurio empuñando el caduceo... Además, estoy concluyendo el cuadro de San Crispín, que me ha encargado el zapatero que nos calza. Esa imagen nos abrirá un crédito en la tienda, y podremos renovar el calzado mientras llega el día en que podamos tener coche.

—¡Coche! ¡Ya nos contentaremos con tener zapatos, buen amigo! ¡Cuándo pienso que hasta los pasos tengo que contar para que no se rompan las suelas, es cosa que me humilla, me saca de juicio! ¡Qué triste cosa es la pobreza! ¡Cómo acobarda y empequeñece al hombre! ¡Cómo le aparta del trato de las gentes! Yo te confieso que no me atrevo á pasar junto á los que van luciendo ricos trajes; sus miradas de compasión me irritan, me hieren mas que la miseria misma. En la corte se gradúa el mérito por el vestido que uno lleva, y mas de una vez el mío ha provocado la burla y el desprecio.

—En tales casos se repite la lección que disteis al oficialito que os echó en cara lo raído del jubón.

—Sin embargo, decía la verdad.

—Sí, pero no todas las verdades son buenas para dichas, y la suya le costó guardar cama un par de meses.

—¡Gracias á Dios que le dejé vivo y sano! ¡Terrible cosa hubiera sido mandar un hombre al otro mundo por una miserable cuestión de amor propio! ¡Nunca me hubiera consolado de tal desgracia!

¡Quizá hubiera sido mejor no salir de mi ruinoso castillo; á lo menos, allí me respetaban! Mas ya, ¿cómo volver? ¡Solo hallaría un sepulcro entre sus escombros! ¡No quiero que me vean los súbditos de mis antepasados vestir la librea del mendigo! Antes la cogulla; este memorial es la tabla que puede aun salvarme del naufragio; si no me salva, iré á pedir el hábito de novicio en pobre y apartado convento. La muerte me sería menos dura, y si no temiera el juicio de Dios y la condenación eterna, antes que apelar á ese recurso me levantaría la tapa de los sesos.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Perdonad mi desesperación! añadió alzando los ojos al cielo con tales muestras de amargura y doloroso abatimiento, que los de su impresionable amigo se llenaron de lágrimas. Entonces oyóse á la otra parte del vallado una débil exclamación que los hizo enmudecer de vergüenza, y levantarse azorados. D. Enrique traspuso la frágil valla, y hallóse de improviso con la reja del pabellón; detúvose avergonzado y confuso al ver tras ella dos señoras.

—Acercáos, caballero, le dijo la mas jóven con dulzura, pero con tal acento de autoridad, que nuestro aturdido caballero se apresuró á obedecerla sin hacer ningun comentario en sus adentros.

La dama que tal respeto le imponía, era estremadamente jóven, de breve talle y delicado aspecto. Su graciosísimo rostro expresaba una mezcla de dulzura, tristeza y altivez. En sus mustias ojeras, en la mate palidez de sus mejillas, adivinábanse ocultos sinsabores, ó recientes padecimientos. Un ligerísimo vello estendíase como una delicada sombra por encima del lábio superior, prestando singular atractivo á su pequeña y encarnada boca; sus cabellos rubios contrastaban con lo negro de sus cejas y pestañas; sus ojos, de un azul cambiante, se abrían solo á medias, esquivando el brillo de la luz, como si temieran que los deslumbrase.

Vestía de riguroso luto y con estremada sencillez, pero á estilo de corte. Su lisa y negra falda de anascote ó merino, prolongábase por detrás formando larga y majestuosa cola. Una especie de cofia encubría una parte de sus cabellos, peinados con tan esmerada pulcritud como elegante sencillez; ni una joya resplandecía sobre aquel fondo negro, solo un fresco ramillete de jazmines resaltaba entre sus manos.

La otra dama, si bien de luto, vestía con mas lujo; era su traje de finísimo terciopelo, y ricas perlas ceñían su garganta descubierta y no demasiado linda. La buena señora se hallaba en esa época de la vida en que á ninguna mujer se la debe preguntar cuántos años tiene: allá en su mas florida juventud, acaso habria desmentido la opinion de que no hay quince años feos. Los treinta que despues la cayeron encima, lejos de embellecerla, enfurruñaron su jesto, de modo que su rostro denotaba un humor que corría parejas con el de un hosco falderillo que llevaba en brazos, y el cual no cesaba de gruñir y patalear, de modo, que su

dueña ó conductora, de muy buena gana le hubiera retorcido el pescuezo, que lucía engalanado con profusion de cascabeles.

El Conde, al acercarse á la reja tomó un aspecto de novicio, que le hubiera granjeado las simpatías del mas severo guardian. Mas no es oro todo lo que reluce, y habia en su aparente humildad una gran dosis de orgullo. ¡Es tan triste hacer un papel desairado en presencia de las damas! El mal vestido caballero sentíase humillado, y por eso no levantaba los ojos del papel que tenia entre las manos.

—¿Es un memorial? le preguntó la jóven con voz dulce y melodiosa como la de un ángel.

—Sí, señora. En él estriva la postrer esperanza de un pretendiente que ya tiene agotada la paciencia.

—¿Sois vos ese pretendiente? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Soy el Conde de Peñafior, respondió el caballero, ruborizándose al recordar el contraste que hacia su título con su pobreza.

—¡Noble título! exclamó la dama. ¿De qué tierra sois?

—Asturiano, señora.

—¡Noble patria os ha dado el cielo! Conde de Peñafior. Ese título debieron ganarle vuestros mayores combatiendo á las huestes agarenas. ¡Asturias es la patria de los héroes!

(Se continuará.)

MICHAELA DE SILVA.

LABORES.

El género de *lencería*, ó mas vulgarmente llamado de *ropa blanca*, es de todas las labores de la mujer la mas necesaria, en la que se ocupa mas constantemente, y sin embargo, ninguno de los periódicos que mas ó menos hablan de labores de la mujer, se atreve á abordar tan importante materia. La creen de poca importancia para destinar á su exámen algunas líneas. El grado de riqueza y gusto á que ha llegado en nuestros días la ropa blanca, se encarga de desmentir esta presuncion. ¿La juzgan labor harto conocida y dominada por la mujer? Los infinitos encargos que reciben los comercios de lencería prueban que en el seno del hogar, de donde salen primorosas labores de adorno y de capricho, no se atreven con una prenda de ropa blanca que deba tener algun lucimiento. Nuestro periódico, que se lisonjea de estar en primer término entre los que se ocupan de labores, inicia hoy este nuevo género, presentando á la mujer laboriosa dos modelos de lencería, entre los de capricho y adorno. Estos, que pueden ofrecer mayor variedad, serán sin duda los mas repetidos por nosotros; pero de vez en cuando deslizaremos en lo sucesivo entre un almohadon, una jardinera ó una zapatilla, una camiseta, un delantal de niño, ó una enagua, juzgándolo verdadero obsequio para la mujer hacendosa.

Las dos prendas de lencería que ostenta nuestro grabado adjunto, son una camisa de vestir para hombre, y otra para mujer. Esta, que lleva el núm. 2, se recomienda sobre todo por su excelente corte y sencilla hechura: se corta en holandá el cuerpo de camisa, al hilo por arriba y por abajo, y nesgada por los costados; en la parte de adelante que muestra el grabado, se corta perfectamente al hilo un cuadró destinado á ocuparle con otro algo mas estrecho, de tela mas fina, plegadita y abierta en su centro, con dos jaretones que montan uno sobre otro, cerrándose con botones, y por los lados se une á la camisa, figurando otro jareton. Una tira lisa y doble, sujeta las dos partes del cuerpo de la camisa algo plegadas, y dos hombros cortados al biés, y dobles tambien, suben postizos á completar el escote y largo de la camisa. Las mangas no llevan plegado alguno, y van orilladas, así como el escote, de una guarnicion estrecha, que puede ser bordada, de crochet, frivolité, etc. Una tira pespunteada, como la del escote por las dos orillas, sujeta al pié el adorno cuadrado de adelante, y un jareton termina al borde inferior esta sencilla camisa de mujer.

La cantisola para hombre es tambien de holandá, con la pechera, puños y cuello mas finos. Para esto, hay neces-

sidad, como en la anterior, de sacar el cuadro de adelante al lienzo, sustituyéndole con la pechera ya plegada, que se une á la camisa por una costura que se oculta formándole una última tabla: una tira doble y respunteada le sujeta al

pié, y con dobles respuntos van los forros de hombro y pegadura de la manga, que forma un ancho jareton. El resto de la camisa no ofrece ninguna otra particularidad.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Esplicacion del Figurin, núm. 832.

FIG. 1.^a TRAJE DE CASA.—*Vestido-sotana* de cachemir gris perla, con delantal de raso azul, orillado de guipure, que se continúa al borde de la falda; patas del mismo guipure van ssgadas sobre el delantal, y una ancha vuelta de raso azul adorna el escote en V, terminando estrecha en el talle y orillada de guipure: manga doble, justa, y de raso la interior, y perdida la exterior, con vueltas de raso azul. *Camiseta* alta, y cinta azul en el cabello.

FIG. 2.^a TRAJE PARA NIÑA DE CINCO AÑOS.—*Vetido* con cuerpo alto y manga justa, de seda grosella, adornado de cinta de terciopelo negro, que marca escote cuadrado, y *paletot* de picos, con pirámides entre cada uno, en la falda, y borla pendiente del ángulo. *Sombrero* postillon, de terciopelo con cintas grosella, y *botines* de paño negro.

FIG. 3.^a TRAJE PARA NIÑA DE SIETE AÑOS.—*Falda* y *paletot* recto de poplin color salmon, adornado de cintas de seda mas oscura. *Sombrero* de fieltro de igual color con pluma blanca.

FIG. 4.^a TRAJE PARA NIÑO DE OCHO AÑOS.—*Pantalon* á la bretona, *paletot* recto y *botines* de terciopelo, color de violeta con botones de nacar. Una trencilla blanca orilla el segundo y sube á los lados de los botones, así en éste como en el pantalon. *Gorrito* húngaro, de terciopelo, con piel y plumas de faisán.

FIG. 5.^a TRAJE PARA NIÑA DE DIEZ AÑOS.—*Vestido* *re-dingote*, de cachemir blanco, adornado de cinta de terciopelo grana, que baja por delante y se continúa alrededor con presillas de la misma cinta en su orilla inferior: dos cintas adornan la esclavina cuadrada, y una el escote y los bolsillos. *Cinturon* grana. *Sombrero* tricornio de fieltro blanco, con terciopelo grana, y *botines* de este color.

FIG. 6.^a TRAJE PARA NIÑO DE DIEZ AÑOS.—*Pantalon* y *botin* que le sujeta, de terciopelo negro. *Paletot* de igual tela, con vueltas y botones de seda grosella, y *gorrita* con visera tambien de terciopelo negro, con cinta grosella.

Esplicacion del figurin doble de Abrigos, que se reparte como Regalo á las suscriptoras por seis meses y un año.

FIG. 1.^a THUG. *Paletot* de paño, holgado, aunque marcando el talle, adornado de flecos y galones perlados,

descendiendo del cuello dos de estos flotantes por detrás.

Falda interior violeta, y traje corto negro.

Sombrero de fieltro gris con corona de hojas de terciopelo.

FIG. 2.^a LESBIA. *Paletot* *peplum* de terciopelo con cuatro picos poco agudos en el bajo y ceñido al talle; rica pasamanería perlada le adornan alrededor.

Vestido de grós de París sembrado de hojas de satén.

Sombrero de encaje negro con bridas del mismo encaje, y cintas perladas por detrás en forma de presillas.

FIG. 3.^a AGUJA. *Paletot* recto con pico por delante y por detrás, y manga perdida adornada de fleco alrededor y cinta de pasamanería: tres de estas bajan por la espalda terminando en bellotas de azabache.

Vestido de grós-grain liso.

Sombrero de crespon bullonado con hojas y borlas de azabache alrededor.

FIG. 4.^a ATENIENSE. *Paletot* *peplum* de terciopelo, ceñido, abierto por los costados, con borlas en los ángulos, y manga perdida, que termina en punta muy aguda con otra borla. Un guipure perlado rodea el abrigo colocado sobre el terciopelo.

Vestido de poplin de seda de dos faldas; cortada en picos la segunda y orillada de cordon.

Sombrero María Antonieta de terciopelo cereza con ala estrecha y ondulada, adornado de azabache alrededor de la copa, sprit á la derecha, y dobles bridas de cinta y encaje, sujetas las primeras por detrás y las segundas por delante.

FIG. 5.^a HÚNGARO. *Paletot* recto y corto de paño, adornado de astrakan y estrellas de pasamanería.

Vestido de poplin de lana liso y recogido en pabellones sobre otra falda igual por herraduras de astrakan.

Sombrero de terciopelo azul con adornos de encaje y fleco en cadena Benoiton, de azabache, y bridas sujetas por detrás.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.